

Escena primera

(Teatro oscuro.)

DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA. Nadie parece aún... (DOÑA FRANCISCA se acerca a la puerta del foro y vuelve.) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que sólo pienso en jugar y reír, y que no sé lo que es amor... Sí, diecisiete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE. Sola y a oscuras me habéis dejado allí.

DOÑA FRANCISCA. Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho más fresco.

DOÑA IRENE. Pero aquella muchacha, ¿qué hace que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año. Y yo que tengo un genio como una pólvora. (Siéntase.) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego? ¿No ha venido?

DOÑA FRANCISCA. Me parece que no.

DOÑA IRENE. Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razón...

DOÑA FRANCISCA. Bien; sí, señora; ya lo sé. No me riña usted más.

DOÑA IRENE. No es esto reñirte, hija mía; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre..., siempre cayendo y levantando. Médicos, botica... Que se dejaba pedir